

## LA POESÍA COMO CRÍTICA DE LA LITERATURA DE LEOPOLDO MARÍA PANERO

Antonio Viñuales Sánchez<sup>1</sup>  
Universidad de Zaragoza

Todo libro ha de correr el riesgo de no estar completo, y no sería nada sin ese riesgo. Con este *dictum* derridiano podría resumirse la lección literaria del texto “Bibliofilia 5” con el que Leopoldo María Panero prescribe en *Papur* (2008) la inclompletitud de todo texto y cuyas palabras, completas ahora y a modo de conjura, copio a continuación:

Que Leopoldo María Panero sigue la línea marcada por los infinitos libros de Borges, e incluso por el Mallarmé obsesionado por el «libro total», es algo que no puede ser ignorado, tras su lectura, por el lector literario medianamente informado. Pero como si la escritura de los dos antecesores estuviera incompleta por lo dicho literalmente en esta “Bibliofilia 5”, no podemos en caso alguno catalogar su influencia sobre el texto paneresco en los términos del tiempo cronológico que, utilizado habitualmente por el comentario literario, niega a los escritores posteriores la posibilidad de influir sobre sus precursores.

La injusticia que supone el uso del tiempo cronológico como instrumento de análisis de la influencia literaria no es algo que ha pasado inadvertido para algunos de los lectores más perspicaces de la cultura occidental. Borges con “Kafka y sus precursores”, Harold Bloom con su «ansiedad de la influencia», y François Le Lionnais y Pierre Bayard con su «plagio por anticipado» —por citar solo los ejemplos más sobresalientes— conforman una reducida lista de lectores ilustres que han elevado esta situación a error crítico, y no es para menos dados los argumentos por ellos esgrimidos. No es casual entonces, en un contexto como este, que Leopoldo María Panero venga hablando desde largo del «plagio inverso» como uno de los «conceptos» fundamentales para entender una importante fracción de su producción literaria. Ello no solo indica que busca un sitio entre los mejores lectores —y a la sazón escritores— de nuestra cultura literaria. También es señal de que ha sabido superar con creces su más que nítida influencia.

Merced a la mejora de lo fabricado por ellos, Leopoldo María Panero pone en solfa en un texto como el reproducido la falta de verdad de la que adolecen los discursos académicos que, desde un pretendido e injusto «afuera» literario, y sumisos a las leyes del tiempo cronológico, leen y comentan para los demás la literatura. El relato de lo que llamaremos en adelante la «archipágina» de Leopoldo María Panero adquiere, pues, una significación de plena potencia literaria, y de consuno crítica, si se lo lee como la superación de la historia como «verdad» de la Crítica y de la Teoría de la literatura. Si esto tiene como consecuencia la consideración de estas últimas como otros

---

<sup>1</sup> Antonio Viñuales Sánchez es profesor asociado de literatura de la Universidad de Zaragoza en la Escuela de Ciencias Humanas y de la Educación de Huesca. Última una tesis doctoral sobre la obra de Leopoldo María Panero.

tantos géneros literarios, o como capítulos de la literatura, es algo que no ofrece duda alguna. Además, su falta de verdad como disciplinas críticas —en verdad una falta de completitud— no es el corolario de la posible naturaleza mendaz de sus enunciados. Lo es, en realidad, de la inoperancia crítica del modelo político que ha dado lugar al establecimiento y al desarrollo de la normativa literaria, promulgada habitualmente por funcionarios docentes universitarios.

¿Cómo no tildar de reaccionaria o incluso de *antilitreratura*, o de *aliteratura*, a aquella que no promueve la crisis o la remoción del llamado «saber literario»? ¿Cómo no hablar de crítica *acrítica*, o de falta total de crítica cuando la Crítica de la literatura se dedica a la simple repetición de los esquemas estériles que la Teoría de la literatura le brinda? En resumidas cuentas: si la Crítica de la literatura ya no es crítica, habrá de ser la literatura —y no una cualquiera, una literatura crítica, la verdadera literatura— quien tome las riendas y cumpla la función abandonada por tal Crítica. Por ello es por lo que un texto como el de la «archipágina» de Leopoldo María Panero pertenece a la literatura, pero también a algo que podríamos definir como «la literaria crítica de la literatura», entendiendo esta última como aquella disciplina que, sin estar dentro ni fuera de la literatura, ni fuera ni dentro de la Crítica, es la única que puede hablar de manera crítica y justa, hoy, de la literatura.

Y para que esta última pueda empezar a hablar, necesario es poner de manifiesto que la definición de lo literario, o la esencia de la literatura, ya no puede depender más, y únicamente, de unos estatutos inventados por la Teoría no literaria de la literatura, cuya génesis es tan ficcional como cualquier otro componente de una obra literaria. Una falta de literatura —que bien podría calificarse de intencional— obra en la Crítica general y actual de la literatura, que le impide dar con la realidad literaria que la literatura es.

Y si lo original es la falta, tal como se deduce de una ficción como la de la «archipágina» de Leopoldo María Panero, ¿por qué se siguen hoy comentando y criticando los textos literarios como si estos estuviesen siempre completos? ¿Cómo comentar un texto que no se ha escrito, o la parte de un texto de la que no se conserva una sola palabra? ¿Qué verdad decir de un texto del que desconocemos una parte de sus palabras, a no ser que sea una verdad parcial o incompleta, esto es, la historia de una parcialísima totalidad? ¿Acaso no es también mentir el no contar, o el ocultar una parte de la verdad? ¿Puede la Historia de la literatura contar su verdadera historia si a todos los libros que le pertenecen se les arranca, por lo menos, una de sus muchas páginas? ¿Por qué seguir llamando Teoría de la literatura a un discurso ciego a aquella parte que condiciona «por incompleto» a su objeto de estudio? ¿Podemos permitirnos una Crítica que separe el grano de la cizaña sin tener en cuenta una parte de ambos?

Por lo dicho, la Historia (cronológica) de la literatura —en la que se apoyan la Teoría y la Crítica de la literatura— ya no es una historia de la verdad, ni se puede decir que se inscriba en un discurso de lo verdadero. Por ello habrá que colegir que se asemeja más al discurso de la ficción que al de la verdad, arrastrando por lo demás a las disciplinas críticas y teóricas de la literatura. Y además, más verdadera habrá de ser, en rigor, la Bibliofilia de la «archipágina» de Leopoldo María Panero, y a fin de cuentas la literatura de la que es su sinécdoque, puesto que nos cuenta algo mucho más cercano a la verdad de la literatura como lectura de la falta original en la totalidad.

Que el comentario de la literatura es tan solo un episodio de la literatura misma, como ya se ha dicho, fue visto en su día y es preciso indicarlo, por el mismo Borges en su “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*”. Que la verdad de la literatura no tiene sino la forma literaria de una pregunta por su totalidad es de lo que, a «decir verdad», a la «archipágina» de Leopoldo María Panero le gustaría hablar.

Y para que la crítica —o algo como un discurso sobre la verdad— pueda surgir de la supuesta ficción de sus palabras se precisa, ante todo, un cambio en la «posición» con la que el

lector se enfrenta a un texto de su naturaleza. Porque si simplemente se lee el relato panerresco como una ficción en su totalidad, tal se hace con una novela, se neutraliza por completo su poder como discurso crítico o verdadero. En consecuencia, y de modo un tanto paradójico, solo una lectura que corra el riesgo de leerlo literalmente, sin asomo de figuración y con carácter de verdad le dará una posibilidad como discurso crítico, y le dará, a la vez, una oportunidad a la literatura.

Ya dijo Derrida en “Esa extraña institución llamada literatura” que si la literatura es aquella institución cuyo poder se cifra en la capacidad de poder decirlo todo, lo es a condición de darle la posibilidad de no asegurar la ficcionalidad total y absoluta, esto es, la falsedad asegurada de sus enunciados. Que haya una mínima posibilidad de lo relatado en la Bibliofilia panerresca —que es lo imposible mismo—, y que corramos el riesgo de que ello pueda suceder, asegura el futuro del relato y de esa extraña institución a la que llamamos literatura.

Institución, la de la literatura, a cuyo estudio se dedica una Teoría de la literatura que ha forjado diferentes conceptos y categorías lógicas que tienen su razón de ser en el cierre o la totalización de las realidades a las que hacen referencia. De ahí que la crítica de la totalidad operada por Leopoldo María Panero en su relato implique la amenaza total de la institución literaria conceptualizada por la Teoría, y al mismo tiempo, su oportunidad como ficción crítica capaz de renovar y de arrojar nuevas perspectivas sobre esas teorías estériles y totalmente automatizadas.

Un breve repaso del proceso de reviviscencia al que Leopoldo María Panero las somete, previa demolición por la lectura literal de su relato, ilustrará en las siguientes líneas y de modo palmario lo que digo. Porque se trata de poner, a fin de cuentas, los cimientos de una nueva crítica que quizá nunca debió salir de la literatura, y que pasa por ser una verdadera «crítica en la literatura», o mejor dicho, lo que llamaré en adelante la «literaria crítica de la literatura» de Leopoldo María Panero.

\* \* \*

*¿Y si las obras tuviesen más de un autor?* Sabido por todos es que toda obra precisa de un sujeto operatorio que la lleve a término, e incluso aquellas llamadas «anónimas» son incapaces de renegar de semejante imperativo. Pero de admitir como real lo dicho por Leopoldo María Panero en su relato ¿no se terminaría de una vez por todas con la incomodidad, por no decir con la injusticia, a veces paradójica, de no poder dar a las obras anónimas el nombre del sujeto que ha logrado — mediante su confección trabajosa— hacerse un sitio en el canon literario? ¿Acaso no es justo terminar de una vez por todas con la ilógica orfandad nominativa de aquellas realidades literarias que necesitan de un sujeto para poder ser estudiadas como pertenecientes a la literatura?

Que una obra pueda cambiar de autor es una posibilidad ya examinada por Pierre Bayard en su libro *¿Y si las obras cambiasen de autor?* Pero esta nueva perspectiva abierta por Leopoldo María Panero no solo supone la superación de la hipótesis bayardiana. Además implica un soplo de aire fresco sobre la función y el dispositivo del autor como sujeto operativo e irrenunciable del hecho literario, habida cuenta del callejón sin salida al que nos ha llevado la constatación de su muerte llevada a cabo por la crítica (hoy acrítica) de Barthes y de Foucault.

\* \* \*

*¿Y si las obras participasen de más de un género literario?* Por definición, o al menos así lo cree la Teoría de la literatura, una obra pertenece a un solo género. Pero la posibilidad de que las

relaciones entre obra y género no sean de pertenencia sino de participación ya fue escudriñada por Derrida en su estudio *La ley del género*. Desde este ensayo *cuasiliterario*, que bien puede ser tomado como el germen estilístico de la nueva disciplina que Leopoldo María Panero barrunta, el polígrafo argelino nos explica cómo este cambio de paradigma abre la puerta para que una obra pueda participar de más de un género sin óbice o cortapisa alguna.

En este contexto, la crítica literaria en la literatura de Leopoldo María Panero vendría a confirmar materialmente la hipótesis derridiana, y se podría decir también que prescribe su plagio inverso por la vía de su ulterior mejora. De este modo, siempre habría como poco dos géneros en cualquier obra literaria, por mor de la anexión imperativa de aquellos dos que, como mínimo, alberga en sí misma —participando de ellos— la ficción de la «archipágina».

\* \* \*

*¿Y si todas las obras estuviesen siempre incompletas?* Ni que decir tiene que sería todo un inconveniente editorial el tener que reimprimir las obras supuestamente completas de los autores muertos del canon, para rotularlas de nuevo como *Obras incompletas*.

Un antecedente literario de esta posibilidad se podría reconocer en la *opera prima* titulada por su autor como *Obra completa*. Así ocurre con el primer libro de Augusto Monterroso titulado *Obras completas (y otros cuentos)*. En buena lógica el resto de su producción vino a completar la parcial completitud exhibida por esa obra primera.

Inconvenientes aparte, el convencimiento por parte de los autores sucesores de mejorar las obras de sus antecesores en un proceso de completitud sin fin, aseguraría su supervivencia literaria pero, lo que es más interesante, supondría además el nacimiento de dos nuevos y fecundos conceptos para la Teoría de la literatura: la «herencia y la memoria inversas».

\* \* \*

*¿Y si el tiempo cronológico, que ya no gobierna a la ciencia, tampoco gobernase a la literatura?* Desde la ficción de una «archipágina» capaz de influir inversamente en las obras anteriores a su fabricación, Leopoldo María Panero ha conseguido demostrar que la influencia no tiene por qué seguir los derroteros marcados por el tiempo clásico y cronológico. Los hallazgos científicos, por camino análogo, nos han demostrado la inoperatividad del tiempo clásico para fabricar modelos descriptivos cercanos a la realidad del mundo que nos circunda. Que la literatura, pues, tiene un futuro ubérrimo cuando camina por las sendas que la ciencia diseña es algo de sobra conocido, por Leopoldo María Panero mostrado, pero en pocas ocasiones llevado a cabo con fines críticos y literarios.

Teniendo en cuenta, por otro lado, a las nuevas teorías de los mundos paralelos en las que reputados científicos están hoy trabajando ¿habrá un nuevo campo para la investigación y la creación literaria en la crítica del concepto clásico del mundo y del espacio? Si la crítica del tiempo supone la revolución del estudio teórico de la influencia literaria ¿no lo supondría más aún un nuevo concepto del espacio? ¿Serán conocidos en otros mundos paralelos los nombres de los autores de aquellas obras que en el nuestro son anónimas? ¿La «archipágina» de Leopoldo María Panero pertenecerá a una obra completa en otro mundo, y como tal, en el nuestro, será la manifestación

fidedigna de su existencia paralela? ¿Las obras de nuestro mundo están incompletas porque se completan con las existentes en el resto de esos mundos que coexisten junto al nuestro? ¿No abren estos interrogantes todo un nuevo mundo de posibilidades para el viejo estudio del tiempo y del espacio en las obras literarias, por no hablar de una nueva fertilidad para la vieja categoría literaria del «cronotopo»?

\* \* \*

*¿Y si todo texto debiera correr el riesgo de ser literatura, sin ser nada sin ese riesgo? Si todo texto, incluso el no literario, es susceptible de verse parasitado por la «archipágina» de Leopoldo María Panero ¿cómo no hablar entonces de que todo texto, para ser tal, ha de acogerse a una posibilidad literaria, incluso para declararse como no literario? ¿Ha de pasar una prueba literaria todo texto que quiera renegar incluso de la literatura?*

Que todo texto con nulas pretensiones literarias, como por ejemplo un listín de teléfonos, haya de pasar la prueba literaria para dejar de ser literatura, abre la veda para que todo material del mundo de la escritura sea susceptible de ser leído como literario. Pero, por si esto fuera poco ¿acaso no significa también que el camino de la literatura ya no es sino el inverso del que imaginamos ahora para ella, a saber, que los materiales ya no pasan del mundo a la literatura, sino de la literatura al mundo? ¿Es la literatura antes que el mundo? ¿La realidad es tan solo una parte de la literatura de la que como sustancia primera proviene? ¿El camino de entrada de la materia en el mundo pasaría por la renuncia primigenia a lo literario? ¿Al principio fue —y literalmente— el verbo?

\* \* \*

*¿Y si para ser un autor original no se debiera escribir una sola palabra? Dada la obligatoriedad del cosido de la «archipágina» a las obras literarias —por el momento— escritas en nuestro idioma, ni tan siquiera sería necesario que estas contuviesen una sola palabra escrita por su segundo autor que fuera diferente a su nombre. Tan solo el hecho de firmar una obra sin palabras produciría nuevas obras literarias al estilo de César Paladión, autor original —entre otras— de *Emilio*, *El sabueso de los Baskerville*, *De los Apeninos a los Andes* o *La cabaña del tío Tom*.*

\* \* \*

Numerosas, y mucho más amplias que las aquí reseñadas, son las nuevas posibilidades teóricas que abre Leopoldo María Panero con el relato de su «archipágina». Tan solo se podrá concluir, por el momento, que su ficción literal bien puede ser el comienzo, junto a este opúsculo que termina, de una futura, fecunda y muy prometedora «literaria crítica de la literatura».